

Susana
Martín Gijón

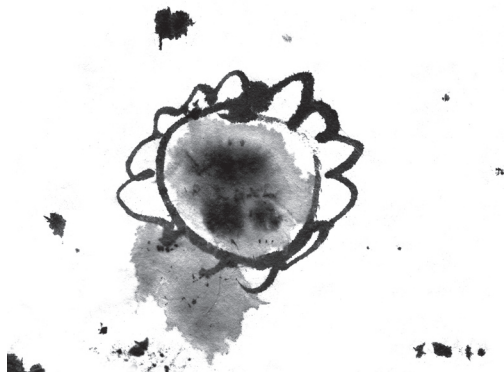
NAUFRAGIOS,
CUERPOS Y OTRAS
(DES)APARICIONES



AULA LITERARIA JESÚS DELGADO VALHONDO

Susana
Martín Gijón

NAUFRAGIOS,
CUERPOS Y OTRAS
(DES)APARICIONES



aula

Juan Diego Vallmola

Organiza:

aeeex asociación de escritores extremeños

Colaboran:

JUNTA DE EXTREMADURA

CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTES

IES ALBARREGAS

IES EMÉRITA AUGUSTA

IES SANTA EULALIA

ESCUELA DE ARTE

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL JUAN PABLO FORNER DE MÉRIDA



PARADORES
Mérida

|FUNDACIÓN CB



DIPUTACIÓN
DE BADAJOZ

Ilustración Portada:
CÚKOI VIVIDAS

Maquetación e Impresión:
Artes Gráficas Boysu, s.l.

Dirección:
ANTONIO ORIHUELA
ELADIO MÉNDEZ
ABEL HERNÁNDEZ

El programa de Aulas Literarias de la AEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios al Fomento de la Lectura concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

EDICIÓN NO VENAL

I

Nunca debí haberme entretenido en rematar aquella camisa. Nunca debí quedarme hablando con Jennifer. Nunca debí haber perdido la línea treinta y siete del último turno que salía de la maquila. Al subir al bus algo más de una hora después, la noche era ya de una oscuridad densa. Al igual que la de los ojos de aquel conductor que repararon en mí más tiempo del necesario, observando de arriba abajo con un desinterés fingido, como si tuviera ante sí un trozo de carne fría. No pude evitar que un estremecimiento me recorriera la espina dorsal.

Pero no supe verlo, como sí lo sospechó una señora, la última en descender, quien titubeó para pedirme que la acompañara hasta su domicilio arguyendo que no llegaría con la artrosis. Me disculpé con ella, no podía retrasar más el regreso a casa. Mi hermano me esperaba para que le preparara el *tupper* que tenía que llevarse a la obra. Trató de convencerme, casi me suplicó. Al comprobar que no cedería, me dedicó una extraña mirada entre la lástima y la incomprensión, descendió trabajosamente los escalones del autobús y se desvaneció para siempre en la inmensa penumbra que parecía haber clausurado el mundo.

Cuando los baches del camino me hicieron botar, comencé a imaginarlo. Cuando el vehículo se paró inesperadamente, lo presentí. Cuando se levantó del asiento con movimientos deliberadamente lentos, lo supe con certeza. Estábamos en mitad de la nada, él y yo. No parecía tener prisa; no había nada que yo pudiera hacer, nadie a quien gritar pidiendo ayuda. Se acercó con una sonrisa aviesa curvando sus labios y deleitándose al registrar el terror que iba acrecentándose en mí. Yo me encogía en mi asiento como un bebé que quiere regresar al vientre de su madre donde ningún peligro le acecha. Al llegar a poco más de un metro de distancia se detuvo durante unos instantes para, a continuación, lanzarse en una embestida como una fiera que va a capturar a su presa. Me agarró por las muñecas y entonces le devolví la mirada: lo que vi

me inundó de tanto desprecio que al fin reaccioné. Forcejeamos. Él pesaría unos noventa kilos y yo no más de cincuenta. Me bloqueó con su antebrazo izquierdo, sosteniéndolo contra mi tráquea e impidiéndome respirar. Pataleé frenética a la vez que trataba con escasas esperanzas de liberar mis brazos de aquella mole que me empostraba contra el frío suelo.

Dicen que la policía de Ciudad Juárez nunca llega a tiempo. Por una vez lo hizo. Aquella señora les había proporcionado los datos del autobús e insistido para que lo siguieran. No me dio tiempo a escapar. Encontraron entre mis ropas la afilada tijera de costura, aún cubierta de sangre, que le había clavado en el cuello con todas mis fuerzas. No, no estaba dispuesta a desaparecer como mi madre.

(Por una vez. Cuento publicado en la revista Ámbitos Feministas,
2017)

II

El día, al igual que el anterior, se presentaba nublado, y se había levantado un viento intempestivo impropio de aquella fecha. Parecía increíble cómo podía cambiar el tiempo de un día a otro. Incluso con la hora que era quedaba aún en la carretera algo de la niebla matutina, que debía haber sido especialmente densa, como en los peores días del invierno que ya se acercaba.

Era esa una característica especial de la climatología de Mérida. Las nieblas que rodeaban la ciudad, propiciadas por el paso del río Guadiana. Brumas que la envolvían e invadían cada rincón, haciéndola cambiar de fisonomía y parecer un lugar radicalmente diferente a aquél que fuera en pleno agosto, con el sol brillante ensañándose sin piedad en cada rincón de la ciudad.

«Ya estamos con las nieblas de la Mártir» se dijo con fastidio. Sin embargo, a pesar de lo molestas e incluso peligrosas que podían llegar a ser tras el volante, era un fenómeno apreciado por la mayoría de emeritenses, fruto de la cultura popular y entendido como algo casi familiar, consustancial al paisaje propio de la ciudad. Una niebla que se palpaba, que podía ser sobrecogedora, pero que encantaba a muchos de los que la habían conocido desde la infancia, quienes la esperaban al adentrarse la época y la respiraban paseando a su lado, solos o en compañía, en las frías tardes de noviembre y diciembre.

Y es que Bruno, que no había compartido con ellas el paso de los años, no podía entender que a alguien le fascinaran de esa forma. Eran propias de un tiempo frío, de una humedad que se calaba en los huesos, y hacían la conducción más difícil.

Lo de la historia de su origen era otra cuestión. Entendía que las personas creyentes las venerasen, pues formaban parte de su ideario.

Decía la leyenda que cuando Santa Eulalia, en la actualidad patrona de la ciudad, fue capturada por los romanos allá por el comienzo del siglo IV, se la condenó a pasear desnuda por las calles para ser humillada antes de morir. Era tal la ignominia y la pena que suponía para la aún niña, que quiso Dios librarla tendiendo una densa capa de niebla por toda *Emerita Augusta* para que nadie pudiese distinguir su cuerpo desnudo. No la libró de ser quemada viva dentro del horno de cal ni de otras torturas previas, pero sí del, al parecer, más cruel martirio de ser contemplada en cueros por sus vecinos.

Al recordar Bruno la leyenda popular, no pudo dejar de hacer una similitud con lo que ahora sabía que había ocurrido con tantas mujeres en los pueblos de España en pleno siglo XX. El paseo por el pueblo, rapadas, marcadas, y habiéndolas obligado a ingerir aceite de ricino que les forzaba a hacerse de vientre sin remedio en mitad de las calles durante el recorrido, mientras sus vecinos las veían y ridiculizaban.

«Qué poco ha cambiado en veinte siglos» pensó. La barbarie de los hombres siempre parecía ser capaz de inventar formas más crueles de tortura psicológica, en especial si de mujeres se trataba. La vejación arbitrada a través de sus cuerpos había sido utilizada tanto por los que castigaban por creer en las ideas cristianas, como por los que, veinte siglos después y en el mismo lugar, condenaban precisamente por lo contrario, por defender unas ideas y valores diferentes. Pensando en estas y otras cosas se plantó en el pueblo y aparcó el coche justo cuando su madre llegaba de comprar el pan, quien le hizo una seña con la mano, aguardándole en la puerta.

(Más que cuerpos, 2013)

III

Todo estaba preparado en el Teatro Romano. Como cada siete de septiembre, este emblemático lugar acogía la celebración de los actos conmemorativos previos al Día de Extremadura.

Los sillones destinados a las personas distinguidas con la máxima condecoración regional, la medalla de Extremadura, estaban ya dispuestos en el *pulpitum*, junto al atril desde el que hablarían las personalidades y el resto de *atrezzo* que se mezclaba con el frente escénico, la vista más espectacular de la construcción, dos cuerpos de columnas de orden corintio combinadas con diversas esculturas que completaban la decoración. Un frente de más de diecisiete metros de altura que realizaba cualquier acto que tuviera el honor de realizarse allí.

En el graderío, que en su día albergara a más de seis mil espectadores, el movimiento era constante. Poco a poco la gente iba entrando desde cada una de sus trece puertas.

También en la *orchestra*, lugar de máxima preferencia construido para los senadores, cónsules y demás dirigentes de hace más de veinte siglos, los acomodadores se movían nerviosos para ubicar a las autoridades, presidentes de instituciones y altos cargos del gobierno regional que comenzaban a llegar.

Pero no era este el único acto que tenía lugar. A las puertas del recinto arqueológico que agrupaba el Teatro y Anfiteatro, la agitación era aún mayor. De forma simultánea, los manifestantes que como cada año se agrupaban allí, preparaban un evento alternativo. La concentración no era demasiado concurrida, pero sí mayor que las celebradas en años anteriores. El empobrecimiento que venían sufriendo había hecho que muchos más de los habituales hubieran decidido sumarse a este acto paralelo para manifestar su descontento con la clase política y los recortes a que les estaban sometiendo. Abucheaban a los altos cargos a

su entrada en el recinto, mientras las fuerzas de seguridad intentaban distanciarles. Los ánimos se encendieron cuando hizo aparición uno de los consejeros del gobierno regional y un manifestante le agarró del brazo increpándole y profiriendo amenazas, hasta que aquél consiguió zafarse antes de que la policía interviniera, introduciéndose en el recinto.

Pasaron los minutos, y en el interior, ajeno a aquel revuelo se hizo el silencio y dio comienzo el acto. La entrega de medallas tuvo lugar, tras la cual la presentadora dio paso al Presidente del gobierno extremeño, quien subió al atril para proceder a su discurso de celebración. Allí dentro no había abucheos, tan solo aplausos, más ardientes cuanto más próximos al escenario, junto a las expresiones de satisfacción de sus acólitos, todos situados en las tres gradas de honor de la *orchestra*. Al finalizar su arenga una larga ovación tuvo lugar y entonces, cuando aún no se había disipado, sucedió algo imprevisto.

Aquellos que miraran al frente en ese preciso segundo pudieron apreciar un objeto cortando velozmente el aire, seguido de un chillido agudo y varios gritos de terror que arruinaron el clima de optimismo creado por toda aquella puesta en escena. La celebración solía ir acompañada de sorpresas, de modo que la confusión se apoderó del público, dividiéndolo entre la turbación por los gritos y la incertidumbre de si formaría parte del espectáculo. Hasta que tras unos largos segundos de espera, el desconcierto se esclareció cuando desde aquel palco reservado a las altas personalidades los gritos se hicieron más precisos, concretándose en una petición de ayuda.

—¡Una ambulancia! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

(Desde la eternidad, 2014)

IV

Gema no tardó mucho en llegar. Por un momento le costó identificarla: el cabello rubio recogido en una coleta por la mañana se presentaba ahora liso desde las raíces y con unos perfectos tirabuzones en las puntas que caían sedosos enmarcándole el rostro y suavizando sus facciones. Los coloretos de tono anaranjado le proporcionaban vivacidad al rostro, y las largas y espesas pestañas fruto de una de las muchas máscaras extra volumen que proliferaban en el mercado contribuían a darle a sus ojos una inocente expresión de muñeca de porcelana. Avanzó en sus prominentes tacones y le plantó sendos sonoros besos en las mejillas, tiñéndoselas de un ameloconado *rouge*.

—Estás muy guapa.

—Muchas gracias —su sonrisa se acentuó de manera seductora, dejando a la vista una fila de blanquísimos dientes—. ¿Conocías este lugar?

—No, y me parece extraordinario.

—Es uno de mis sitios preferidos. Pero espera a subir arriba.

—¿Arriba?

—Sí, esto es el bar, aquí sirven las tapas y raciones.

Mati la siguió por las escaleras mientras repasaba subrepticamente su figura, que se contoneaba de forma coqueta sabiéndose observada. La planta superior era aún más espléndida. El lateral izquierdo seguía dejando el arco de catorce metros de altitud a la vista, y el conjunto estaba decorado a juego con el ambiente.

—¿Verdad que es maravilloso? Aquí puedes comer y beber saboreando el pasado —dijo con un guiño.

Una vez sentados, el sumiller les acercó la carta de vinos, que dejó sobre la mesa junto a la de las comidas.

—Tienen menú específico de vinos —se sorprendió.

—Sí, e incluyen uno nuestro —presumió ella con orgullo—. Busca en la página de los Ribera del Guadiana.

—¿El Camasón?

Gema asintió.

—Es un vino con un período de tres meses en barrica de roble francés, lo justo para que tome el toque de madera. Ha sido elegido como uno de los mejores caldos jóvenes del año pasado en varias guías oficiales. Es más, creo que deberíamos pedirlo.

—¿A qué se debe el nombre?

—Al embalse romano que se ubicó en las cercanías del viñedo. Pero espera, se me ocurre una idea mejor. Tenemos un reserva espectacular. Aunque no aparece reseñado, lo han utilizado para algunas catas especiales. Lo sé porque yo misma me encargué del envío. Seguro que les queda alguno.

—Teniendo a una experta a mi lado, me dejaré guiar.

—Se llama Torre de Los Mojicones, y es nuestro producto estrella.

—Lo de mojicones suena un poco raro, ¿eh?

—Es por la torre símbolo del pueblo, ¿no lo sabías? Si hasta forma parte del escudo heráldico de Torremejía. Cuentan que fue edificada para defender la calzada romana de los bandidos que desvalijaban a los caminantes. Y es también nuestra principal seña de identidad. Ahora la verás en la etiqueta.

Aunque se encontraba gratamente sorprendido por la sensualidad y los conocimientos de su acompañante, Mati no estaba dispuesto a dejarse engatusar; no lo suficiente como para olvidar su misión. Cuando Gema le insinuó aquella cita bajo el pretexto de contarle más detalles de la bodega, supo que no podía desaprovechar la oportunidad. Nada mejor para soltar la lengua que un ambiente distendido, lejos del entorno laboral y las miradas de los curiosos.

Una vez que el sumiller trajo la botella y la descorchó miró interrogante a Mati, quien la señaló a ella. Esperó a que vertiera el líquido en la

ancha copa y, tras alzarla escrutándola minuciosamente y hacerla rotar durante unos segundos, Gema se la aproximó e inspiró su interior, para finalmente tomar un sorbo. Ambos la observaban expectantes hasta que ella emitió un pequeño gemido de satisfacción.

—Impecable, como siempre.

El sumiller relleno ambas copas y se alejó. Mati se animó a probar, pero ella le frenó—. Primero has de disfrutar. Utiliza tus sentidos para captar su esencia. Examina el color, qué granate tan intenso. Y ahora distingue el tono más atejado del ribete.

—¿Atejado? ¿Ribete?

—El ribete es el borde del vino en la copa. Si la inclinas un poco más lo verás mejor.

Mati asintió obediente y para su sorpresa, notó la diferencia de colores.

—Vaya, nunca me había fijado.

—Pues te da una información muy importante sobre la edad del vino. Pasemos a la siguiente fase: haz que gire para que vaya soltando sus aromas.

Trató de imitar su gesto, y lo único que consiguió fue bambolear peligrosamente el líquido, que a punto estuvo de salirse de la copa.

—Mira, prueba así —colocando su mano sobre la de él, dejó que los dedos de ambos se posaran sobre la base de la copa sin levantarla de la mesa, y con pequeñas rotaciones hizo girar el caldo en su interior.

—Ahora sí parece fácil —admitió Mati, consciente de cómo ella retenía su mano sobre la de él más tiempo del necesario.

—Acércatelo e inspira profundamente. Un olfato acostumbrado puede diferenciar su compleja fragancia de frutos del bosque y ciruela.

Él hizo lo que le decía, tratando sin éxito de distinguir siquiera algún rastro de olor afrutado. Se encogió de hombros y continuó escuchándola.

—¿Algo más?

—En equilibrio con un goloso fondo de vainilla y toffee —prosiguió sin notar la ironía, ya embalada—, y por supuesto el roble proveniente de la crianza en barrica. Y ahora, cuando lo paladees, notarás que en boca es un vino con una gran personalidad y fuerte estructura. Da un sorbo, pero no lo tragues enseguida, deja que recorra tu boca, que la seduzca. Toda seducción necesita su tiempo —terminó susurrando.

—Quizá me sabe un poco a madera —admitió tras un esfuerzo de concentración, no del todo convencido.

—Has notado la barrica. Bien, ha envejecido dieciocho meses en ella. Poco a poco —sonrió—. Además en este caso es un tonel muy especial, *made in* Extremadura. Concretamente de los robledos del valle del Ambroz, que proporcionan un sabor más fuerte, similar al roble americano, muy prestigiado y mucho más caro que el de la tierra. Lo hemos probado con este reserva y ha funcionado estupendamente. En fin. Podría seguir sacándole matices y virtudes al vino, pero no quiero aburrirte.

—No me aburres, ya me gustaría a mí poder percibir tantas cosas. Todo debe disfrutarse el doble con un olfato y un paladar tan fino.

—No se me da mal, pero con este caldo llevo ventaja. Básicamente te he contado lo que dice nuestro enólogo de él —reconoció.

A Mati le salió una risa espontánea, que ella secundó. Después, brindaron por lo que pudiera depararles la velada.

Dejó que Gema eligiera también unos guisos que maridaran con el vino, magret de pato para ella y carrillada ibérica con queso de la serena para él.

—Creo que voy a tener que aprender yo esto del maridaje.

—Te enseña cómo sacar el máximo partido a cada plato y a cada vino, potenciando los sabores. Un correcto maridaje realza toda experiencia gastronómica, pero requiere tiempo y entrenamiento. Conocer cómo está elaborado cada producto, captar las diferencias si ha sido cocinado de una u otra forma, a veces sutiles pero importantes... es todo un mundo.

—Parece difícil.

—No, si te gusta el buen comer. Pero hay otra opción.

—¿Cuál?

—Siempre puedes seguir dejando que yo pida por ti.

—Esa es una opción interesante. Sobre todo porque soy demasiado perezoso.

Gema soltó una carcajada y él aprovechó el momento de distensión. La botella ya iba por la mitad y el coqueteo comenzaba a rebasar el terreno de las indirectas. «Es el momento de reconducir esto», se dijo.

—Pero habíamos quedado para hablar de la bodega. Tendrás que contarme algo para que pueda justificarme con mis jefes.

—¿Qué quieres que te cuente? Ya ves que me apasiona mi trabajo, a pesar de que la familia que lo regenta está llena de capullos. El padre lo era y el hijo no se queda atrás. Son unos anticuados que nada más que piensan en hacerse ricos a costa de explotar a todo el que pueden, pero no tienen ni idea del mercado ni de cómo motivar a sus trabajadores. Es más, yo creo que si son expertos en algo, es en desmotivación.

Mati la miró sorprendido. El vino había contribuido a soltar la afilada lengua de su acompañante. «Mejor para mí, ahora sólo tengo que espolearla», pensó.

—Bah, no hay jefe bueno, no creas que sois especiales.

—No —se puso serio por un instante—. No es el primer sitio donde trabajo. Aquí nos controlan hasta en el más mínimo movimiento, como si estuviéramos tratando de escaquearnos. Si no fuera porque nos apasiona lo que hacemos, muchos ya nos hubiéramos ido, créeme.

—Por eso y porque no está la cosa como para encontrar otro empleo, supongo.

—Claro —admitió—. Y ellos lo saben y tensan la cuerda. Si tienes que ir al médico en horario laboral, has de justificar hasta el último minuto y recuperar ese tiempo después. No veas si te surge un imprevisto, más te vale que alguien pueda hacerse cargo por ti. Como con los niños. A los padres no les dejan cogerse ni el permiso de paternidad. Les dicen que se dejen de hostias, que quien tiene que dar la teta es la madre y que ellos no pueden desaparecer de allí quince días.

—Si eso es ilegal...

—Pues claro, ¿pero tú de dónde te has caído? Si no hacen caso ya saben que tendrán que buscarse otro curro para dar de comer al crío. Y con las mujeres ni te cuento. Como operarias prefieren a las mayores, que ya tienen los hijos criados, pero si contratan a alguna joven tienen buen cuidado de hacer contratos temporales muy cortos, que puedan finalizar en cuanto vean que les está creciendo la tripa, y luego si te he visto no me acuerdo. La legalidad en el trabajo es para los privilegiados, Matías.

—Habría que denunciarlo.

—Pues ya me dirás quién lo hace —Gema ya estaba lanzada—. Pero no es solo con estas cosas, el día a día también te lo hacen insoportable. Si pudieran serían como esos antiguos capataces que pegaban un latigazo si te enderezabas mientras recogías la cosecha. Suerte que hemos avanzado y algún derecho tenemos.

—¿Y los rumanos? Ésos tienen menos todavía, ¿no? —tanteó.

—No, esos pobres desgraciados no tenían donde agarrarse. Les pagaba cuatro duros por el jornal y sin protestar.

—Ya... Y tú, ¿qué opinas de eso?

—Pues qué voy a opinar, que no me parece bien. Ni por ellos, porque no hay derecho a que estén viviendo en chabolas en mitad del campo, ni por la gente del pueblo. Aquí se lleva haciendo vino desde el tiempo de los romanos, ¿sabes? Las familias, la que más y la que menos, entienden más de uvas y de cosecha de lo que puedan asimilar unos recién llegados en toda su vida. Y muchos han tenido que irse del pueblo porque no podían competir con ellos. Con ese miserable jornal nadie puede pagar la hipoteca, las facturas y el cole de los niños.

—Vaya piezas esos Flores, no hay por dónde cogerlos. Hasta he oído algún rumor de una chica a la que hicieron la vida imposible...

—¿Una chica? ¿Y a quién no?

—Sí, una que trabajó antes que tú allí. Bueno, igual coincidisteis. María, creo... — se hizo el despistado.

—María Rivera, la enóloga —Gema frunció el ceño—. Ya sé a lo que te refieres. Una historia un poco fea.

Mati permaneció en silencio. Alcanzó su copa y saboreó un trago de vino. Por lo poco que comenzaba a conocerla, sabía que no hacía falta que la instigara para que siguiera hablando.

—Sí que coincidimos, pero no llegamos a intimar. Acusó a don Luis de haber abusado de ella, aunque yo creo que se lo inventó para sacarle los cuartos. Él era un viejo verde que estaba forrado y ella una chica mona, así que quiso aprovecharse.

—¿Y?

—Le salió mal. Fin del cuento.

—Entiendo. Pero es que suena un poco raro: aparece de repente, la contratan y luego vuelve a desaparecer con el mismo misterio.

—Eso es verdad, siempre hubo una cosa que no me cuadró demasiado.

—¿Qué?

—Tenía un currículum espectacular. Mejor expediente de su promoción en Químicas y con el máster de la Rovira i Virgili en Enología. Y en la zona de la que venía hay muchísimas bodegas. Podría haberse quedado en Marqués de Riscal o López de Heredia, en Cvne o quizá en Viña Real. ¿Por qué venirse hasta aquí? No es que nuestros vinos tengan nada que envidiarles, ojo —remarcó— pero aquellas son marcas consagradas, están a otro nivel.

—¿Otro nivel?

—¿Te gusta el fútbol? —preguntó ella a su vez arqueando una ceja.

—Claro —contestó extrañado ante el cambio de tercio.

—Pues mira, esas bodegas son como los galácticos del Madrid o del Barça, y nosotros no hemos llegado ni a segunda división. Y la diferencia no está en la calidad del líquido, no esa diferencia tan desorbitada. ¿Sabes dónde está?

Negó con la cabeza.

—Donde siempre, Matías, donde siempre. La diferencia, el problema, es el que siempre ha sido para los extremeños. Que no nos lo creemos. Vamos a un bar y pedimos un Rioja o un Ribera del Duero. ¿Te das cuenta? Hay magníficos vinos que se producen aquí, de los que viven tantas familias extremeñas, pero no se les ocurre pedirlos porque piensan que son peores, y a la gente le gusta presumir, simular que sabe del tema, y por supuesto demostrar que puede pagarlo. Mira, si yo me voy de turismo a Zamora, pues claro que me pimplo un Toro, y si viajo a las Canarias no me vengo sin unas botellas de ese malvasía de tierras volcánicas. Pero si estoy en Extremadura con todo lo que aquí tenemos, vamos, no me jodas... Un Matanegra de Los Balancines, un Torre Julia de Las Granadas, un Viña Puebla de Toribio, o si te van más los vinos jóvenes están las magníficas añadas de Carabal, Coloma o Habla del silencio sin ir más lejos. ¿Pero entiendes lo que quiero decir? —se interrumpió, habida cuenta de su entusiasmo.

Entendía, sí. Pero Gema se estaba apasionando y perdía de nuevo el hilo que a él le interesaba.

—Entonces, ¿por qué fue a parar a Los Mojicones?

Le miró como si no comprendiera.

—La chica aquélla, María.

—Ah, pues yo qué sé. Pero mira, si tienes tanto interés, búscala y pregúntaselo. Apuesto a que volvió a su tierra y está trabajando en una de esas bodegas de ensueño.

(Vino y pólvora, 2016)

V

Desde la primera vez que le vi supe que las cosas se complicarían. Llegó con malos modos a la hora de repartir las plazas para dormir y empujó a Thomas, que aguardaba pacientemente en su lugar de la fila. Se le cayó al suelo la vieja muleta, sin su apoyo perdió el equilibrio y si Josephine no le hubiera agarrado a tiempo, habría caído torpemente al suelo.

Comenzó a venir cada día, a veces para comer y otras simplemente para pasar la noche. No respetaba nada, ninguna de las sencillas normas sociales con las que nos gobernábamos para que aquello no fuera un caos permanente, incluido el sacrosanto puesto en la cola que significaba tener o no un lugar a cubierto donde esperar un nuevo día.

Sus formas agresivas intimidaban a la mayoría y creaban un ambiente de excesiva tensión. En una ocasión Julian se le encaró y ambos se enzarzaron en una pelea absurda de la que mi pobre amigo salió bastante malparado. A pesar de todo quise tratarle como a uno más, en el convencimiento de que su agresividad era, como en tantos otros, un escudo con el cual guarecerse de más pesadumbre de la que ya llevara a las espaldas. Pero con él me equivoqué. Hacía las cosas por pura maldad. Carecía de empatía con el resto del mundo. Poco a poco me fui dando cuenta de que era un cáncer para la comunidad que habíamos creado. Su vileza funcionaba como un multiplicador. Creaba irritación, rabia, ganas de venganza a su alrededor. Las peleas entre el grupo comenzaron a ser más frecuentes. No tenían necesariamente que ver con él, era una simple e inconsciente forma de desahogo ante la frustración que suponía una continua amenaza.

Seguía creyendo en la bondad humana, pero también me di cuenta de que era un concepto muy frágil, que puede quebrarse con facilidad en cuanto alguien no encaja en el conjunto, en cuanto se salta las reglas de mutuo respeto no escritas. Me sentía fracasada, incapaz, porque aquel

indeseable no tenía ninguna intención de irse, y tenía tanto derecho a estar allí como cualquier otro. No tenía recursos, de modo que nadie podía echarle. Ni se atrevía tampoco.

Como en cualquier otro submundo, una vez que te sumerges dentro descubres que todo está interrelacionado, que quien más y quien menos se conoce o conoce a alguien que a su vez conoce a alguien. Los indigentes de San Francisco no constituían una excepción. Era un entramado lleno de conexiones en el que todo se acababa sabiendo. Por eso, a través de una habitual del reparto de raciones, supimos que era reincidente por malos tratos y aunque había cumplido su condena en el presidio, seguía teniendo una orden de alejamiento de su mujer, que se saltaba cuando le venía en gana.

Siguió con su dinámica de intimidación en nuestro pequeño refugio, en lo más parecido a un hogar que muchos de los que estaban ahí iban a encontrar. Una tarde se ensañó con el pequeño Adrian. Le había atizado una paliza tremenda y le hallé en el suelo, con la respiración aún entrecortada y una costilla rota. Ahí fue donde ya no pude más. Tras ayudarlo a levantarse, llevármelo al botiquín y lograr que se calmara y me contara lo que había sucedido, le dejé tumbado en una habitación retirada y regresé al parque, donde me senté en el suelo a sollozar de pura impotencia. Permanecí así durante varios minutos, hasta que Emma apareció.

—Este es el tipo de persona que no merece vivir —le espeté cargada de rabia.

—Así es. Veo que lo entiendes —la frialdad con la que pronunció esas palabras me sacó de mi llorera y la miré con estupor.

—¿Recuerdas el tipo del callejón?

Asentí con un escalofrío.

—¿Alguna vez has lamentado que muriera?

—No —contesté sin el menor asomo de duda.

—Lo sé. Y aunque creas que es venganza lo que sientes, no es así. Simplemente, hay personas que es mejor que no vivan. Han nacido solo para hacer el mal, y a causa suya este mundo está lleno de sufrimiento. Aquel tipo no era peor que éste.

No hizo falta que Emma añadiera mucho más, pues desde aquella conversación comprendí lo que iba a ocurrir.

Cada mañana al ir caminando hacia el asilo sentía una garra oprimiéndome la boca del estómago, temiendo la noticia con que sería recibida. Hasta que me la dieron.

—Se murió, se murió —Adrian, aquel débil muchacho un poco retrasado que tanto acoso había soportado, pegaba grititos de satisfacción.

—¿Quién se murió? —pregunté, barruntando la respuesta.

—El matón, el matón se murió. Se cayó por las escaleras y se desnucó. Así, así se quedó— torcía el cuello en un gesto imposible con una mueca desfigurada.

Yo misma me encargué del papeleo. Lo había hecho otras veces, cuando fallecía una persona indigente sin familiares, o al menos sin parientes que lo reclamaran, porque a veces suponía tener que hacerse cargo de un desembolso que muchos no podían o querían soportar. Si no habían ayudado en vida al familiar en cuestión, ¿por qué iban a hacerlo una vez muerto?

Rellené la documentación pertinente y aquella misma tarde le incineraron. Es cierto que fue algo apresurado, pero yo misma quise que así fuera. Sabía que era mejor que a nadie le diera por cuestionarse cómo había podido ocurrir ese accidente.

Después de él vinieron otros, pero nunca hablábamos de ello. Ya no hacía falta. Cuando alguien perverso se cruzaba en nuestro camino, cuando percibíamos que no había posibilidad de redención, yo sabía que no tardaría mucho. Reconozco que las primeras veces se me hacía difícil. Una profunda náusea se adueñaba de mí y no podía contener las arcadas cada vez que obtenía la confirmación. Pero después fui asumiéndolo con una naturalidad que hasta a mí me sorprende.

¿Que por qué nunca la delaté? Bueno, ésa es una pregunta muy fácil de hacer desde el plano moral que nos permite la distancia de la teoría. Pero la ética no es cosa de discursos ni manuscritos. La ética ha de asumirse cuando convives a tu lado con un canalla, con un violador, con un maltratador. Y sabes que cada día va a torturar a personas que no han

hecho otra cosa en su vida más que resistir. Tú puedes alejarte, pero ellas no. Va a ir a por ellas porque son débiles, porque no tienen capacidad de defensa, y se va a cebar de forma implacable. Si existe la posibilidad de que nadie más sufra, y hay alguien dispuesto a llevarla a cabo, ¿se lo impedirías tú?

Yo no solo no traté de disuadirla, sino que me hice cómplice en silencio. Emma era una heroína para mí. Había sido capaz de levantarse tras uno de los golpes más duros que la vida pueda asestar, y no solo eso, sino que ponía de su parte para que otras personas como ella no tuvieran que sufrir más. De modo que poco a poco yo misma fui contribuyendo a señalar los siguientes en la lista. Cuando adquieres esa capacidad de observación que ella pacientemente inculcó en mí, no hace falta mucho para saber si estás enfrente de una persona machacada por las adversidades de la vida o si es simplemente alguien sin escrúpulos, con satisfacción para hacer el mal. Esos últimos eran los que había que eliminar.

Era tan generosa que me dejaba al margen de esa parte, comprendía que yo no estaba preparada. Cómo lo hacía, era cosa suya. Yo solamente sabía lo mismo que el resto. Una caída accidental, un mal golpe, un infarto, una reyerta callejera... A veces se daba por muerte natural sin más, y otras las cosas no salieron tan bien y hubo quien sospechó, incluso en alguna ocasión se puso en manos de la policía. Pero pronto los dieron por perdidos, pues al fin y al cabo quienes acudían por el barrio de *Tenderloin* no importaban demasiado a la sociedad. La hipocresía les llevaba a incoar un expediente, pero en realidad no le prestaban interés ni recursos, pues no suponía un trastorno que un miserable, un desecho humano menos ocupara la ciudad. Si, como era el caso, ese desgraciado era un delincuente con más de una causa a sus espaldas, suponía un alivio haber desembarazado de esa carga al Estado. No transcurría mucho tiempo antes de archivar el caso sin resolver ante otras prioridades o darlo por cerrado con una explicación maquillada de dudosa credibilidad, y se continuaba velando sin remordimientos por la paz y seguridad ciudadana.

Y ahí fue donde estuvo el error. En olvidarnos de que no todos somos iguales ante la ley.

(Náufragos, 2015)

VI

—¿Annika? —una voz procedente de un número desconocido que pronunciaba su nombre bien a la primera. «Menuda novedad», se dijo.

—¿Quién es?

—Eres Annika Kaunda, ¿verdad?

—Depende de quién lo pregunte.

—Annika, sé que eres tú. Tienes que ayudarme.

La voz contenía un tono de exigencia que aumentó sus recelos. Seguía de baja y aunque se encontraba mejor, no se veía preparada para afrontar la vida diaria, menos aún para impertinencias de desconocidas. Estuvo a punto de colgar, pero la dueña de aquella voz debió intuirlo, porque se precipitó:

—No cuelgues, por favor. Te necesito más que nunca.

Ese «más que nunca», ahora con un timbre desesperado, acabó de desconcertarla. ¿Acaso sí que la conocía? No, estaba segura de no haberla escuchado nunca. Inspiró profundamente.

—A ver, empecemos por el principio. ¿Quién eres tú?

Escuchó un suspiro del otro lado:

—Me llamo Susana Martín Gijón. Verás, es complicado de explicar. Tú no sabes quién soy, pero... digamos que hace mucho que sigo tus pasos. Por eso sé que ahora solamente puedo recurrir a ti.

Annika calló, aguardando a que prosiguiera, así que no le quedó más remedio que hacerlo.

—Estoy en una pensión y acabo de encontrar un cadáver en los baños. Es un chico joven, de veintipocos años... está... está muerto. Le han asesinado —sentenció.

A Annika le dio un vuelco el corazón. Quería decirle que tenía que llamar al 091, no a su teléfono personal, pero no pudo evitar seguir preguntando.

—¿Dónde?

—Pensión Salamanca.

—¿Dónde queda eso? —arrugó la frente tratando de ubicarla en el callejero emeritense.

—En Salamanca.

—¿En Salamanca? ¿Es una broma?

—No, no lo es. Que más quisiera yo. He venido al Congreso de Novela Negra, estoy sola en esta pensión, sin coartada ninguna, y he sido tan tonta como para contaminar el escenario de un crimen. Y además, alguien me ha visto, creo que estoy en peligro —soltó como en un torrente.

—Mira, no entiendo nada, pero no soy la más adecuada para ayudarte.

—Sólo puedo confiar en ti —insistió.

Annika colgó el teléfono. Sí, colgó, así sin más. Aquella tía tenía que estar chalada. ¿Por qué recurría a ella? y, ¿qué demonios le estaba contando? Ya, ya, la Annika de antes habría reaccionado de otra manera, pero habían sucedido muchas cosas desde entonces. Aún arrastraba las secuelas de una profunda depresión, y estaba tratando de aceptar su recién recuperada identidad. Y para colmo, estaba embarazada. Había llegado la hora de pensar en ella misma.

Se levantó para prepararse el desayuno. Susana Martín Gijón... el nombre le decía algo, pero no sabía muy bien qué. ¿De qué le había hablado? ¿Un congreso de novela negra? Eso sonaba bastante friki. Escritores que se dedicaban a recrear en la ficción las miserias contra las que policías como ella luchaban a diario. ¿Y para qué? Para visibilizarlas dirían, claro. Lo que había que hacer era combatirlos, como hacía ella. Como hacía... Bueno, ahora ella no hacía nada. Sólo pasarse el día mirándose el ombligo, y cuidando de Celia a su vuelta del colegio, que, por otra parte, le consumía todas las energías que era capaz de reunir.

Entonces cayó en la cuenta. Ya sabía quién era esa tipa. Bruno le había regalado un libro suyo. «Es una escritora de aquí de Mérida, estaba en la feria del libro y le he pedido que me lo dedicara para ti», le había dicho. El recuerdo de Bruno le escoció en una herida demasiado reciente, pero lo apartó con decisión. Fue hacia el estudio y repasó los estantes hasta encontrarlo: *Náufragos*. En su día se lo había leído de un tirón. No sabía si aquello era o no novela negra, pero se sucedían una serie de crímenes que el lector había de resolver con las pistas que surgían a lo largo de la trama.

¿Y esta escritora de crímenes se había encontrado con uno? ¿Sería cierto? La coincidencia le hizo sonreír, pero luego recordó su voz aterrorizada ante el descubrimiento de un cadáver. Si tenía razón y había un chico asesinado, eso no era ficción. No podía dejarla a su suerte. ¿O sí? Tamborileó con los dedos sobre el borde de la mesa durante un rato mientras el vaso de leche se aburría de esperar y se dedicaba a enfriarse. Al fin, con un suspiro, asió el teléfono y pulsó el botón para devolver la llamada.

Cuando Annika consiguió llegar a la dirección indicada habían transcurrido más de dos horas. Un nutrido grupo de curiosos se amontonaba en los alrededores, separados de la acción por un cordón policial tras el cual podía verse todo el tinglado: la ambulancia, personal sanitario, policía nacional y técnicos encargados de la investigación. Tampoco faltaban los reporteros de algunos medios intentando hacerse con la exclusiva de lo ocurrido. Sí, estaba claro. Allí había ocurrido algo grave.

Entre toda aquella gente, reconoció a la tal Susana enseguida. La había googleado y un montón de fotos suyas habían aparecido en el buscador. Ahí estaba, tal cual, la misma treintañera delgada y con una abundante cabellera ondulada, sólo que sin rastro de la sonrisa con la que se mostraba en todas las imágenes. Estaba sentada en un bordillo con la mirada perdida y una desoladora expresión de niña abandonada. Un policía de pie a su lado parecía custodiarla.

Se la quedó observando hasta que la escritora reparó en ella y su rostro exteriorizó un alivio evidente a la vez que se lanzaba en su dirección.

—¡Annika! ¡Annika, has venido! ¡No sabes cómo te lo agradezco!

La abrazó mientras ella no podía evitar quedarse tiesa. No le iban las muestras de afecto, menos aún con desconocidas metidas en asuntos turbios.

La escritora debió de darse cuenta porque la aflojó, separándose discretamente, pero aún le dedicó una profunda mirada de agradecimiento. Después habló en un susurro:

—Llamé a la policía y les conté todo, como me aconsejaste. El chico de recepción llegó casi a la vez que ellos, es aquel de allí —señaló a un joven de dorada piel mulata—. Dice que no sabe quién es el tipo de la ducha, y que yo era la única que estaba alojada en el tercer piso.

Annika asintió con la cabeza.

—¿Qué hay de ese congreso? —preguntó sin poder remediarlo. Nunca le habían gustado las casualidades, y aquella era muy extraña. Ni las casualidades ni los frikis. Con los últimos que se las tuvo que ver, aquellos mecenas emeritenses apasionados de la cultura romana... En fin, casi no lo cuenta.

Susana arrugó el entrecejo:

—Empezó a las diez, ahora hay varias ponencias simultáneas. Pero se ha corrido la voz y algunos asistentes han preferido venir a ver cómo se levanta un cadáver de verdad a escuchar las lecturas de los académicos. Hasta hay algunos de la organización, mira —señaló a un par de chicos con camisetas con el logo del congreso, un revólver serigrafado en mitad del pecho que recordaba a la Magnum 44 de Harry el Sucio. A los participantes también se los identificaba muy bien, con una credencial colgada del cuello por un cordón rojo y una bolsa negra con idéntico logo.

Annika los observó con atención. Sabía del alto porcentaje de criminales que vuelven al escenario del crimen, incapaces de sustraerse a la tentación de ver las consecuencias de lo que ellos mismos han provocado. A falta de comenzar a investigar, los de las pistolitas se situaban en su punto de mira.

(Pensión Salamanca, 2016)

VII

—Pase, por favor.

Daniel asciende unos escalones herrumbrosos hasta la entrada de la modesta vivienda color verde lima. Se compone de una sola estancia, apenas treinta metros cubiertos por un tejado de uralita que concentra todo el calor del sol colombiano. Se despoja de la chaqueta y aspira el aroma de la comida en el fuego.

—Gracias, señora Arbeláez. Huele muy bien —señala en dirección a la cazuela cuyo contenido borbotea alegremente.

María Lucero asiente con una sonrisa triste en su cara de pasa. Hace años que se le olvidó sonreír de otra manera.

Daniel deja que sea ella quien marque los tiempos. Le invita a sentarse y le sirve una generosa ración del estofado, del que ambos dan cuenta en un silencio casi reverencial. Intuye que en un lugar así no se come carne todos los días y que esa mujer ha hecho un esfuerzo por ofrecerle lo mejor que ha podido conseguir. La observa con pesadumbre: es una viejita encogida, un cúmulo de huesos y de desesperanza y de miseria.

Cuando acaban y tras servirle un café, la mujer fija en él sus ojillos hundidos. «Suelte lo que tenga que soltar», parece decir. Daniel respira hondo. Ha venido a contarle que ya sabe quién es, que ese monstruo no tenía ninguna razón para matar a Camilo, que su hijo no había hecho nada malo, que es imposible entender el código de un cerebro asesino, que no tiene cura y va a seguir matando hasta que alguien le pare los pies. Pero ve esa expresión de sufrimiento crónico, de tristeza enquistada, la reconoce demasiado bien, y se siente incapaz de compartir todo eso con ella. Sabe que solo acrecentará su dolor, de modo que le dice lo único que puede aplacarlo y que es, en definitiva, lo que le ha traído hasta allí:

—He venido para acabar con el asesino de Camilo.

(Expediente Medellín, 2017)

VIII

Amanece. El AVE procedente de Puerta de Atocha está desacelerando. En unos minutos estacionará en Sevilla Santa Justa. Los ejecutivos comienzan a cerrar sus portátiles y a ajustarse las corbatas, prestos a salir escopetados para pillar el primer taxi que los lleve a sus consejos de dirección, reuniones con importantes clientes y seminarios en los que llevar a cabo el *networking* de rigor. Pasarán el día trabajando en la capital hispalense, pero antes de regresar a Madrid se permitirán unas cañas con sus acompañamientos, que fotografiarán móvil en mano hasta captar su esencia directa a Instagram. Algo típico, de por allí. Chicharrones, salmorejo, un flamenquín, carrillada o adobo, qué más da. Con un poco de contraste, otra pizca de sombra, una viñeta maja y algo de desenfoque la imagen quedará fetén. El aperitivo se enfriará entre tanto, pero a quién le importa ya eso. Si las tapas tuvieran alma, no habría una a la que no se la robaran antes de engullirla. En aquellas imágenes en las que de fondo se vislumbra la Giralda, la Torre del Oro o una calesa, los *likes* se reproducirán como ondas expansivas, y el ego de su creador se ensanchará a la par, seguro de estar un poco más cerca del éxito y la fama. De aquí a *influencer*, de aquí al cielo. Es el postureo que forma parte del ritual yuppie cañí del siglo xxi, el que ayuda a olvidar que uno nunca dejó de ser el pringado al que el sistema ha tomado el pelo, ese que aún no amortizó los miles de euros que se dejó en el MBA. Ese que no llega a fin de mes por mucho que se empeñe en dar la imagen contraria. Pero que conoce a la perfección la fecha de lanzamiento del próximo iPhone.

A Juan todos esos le importan un mojón. Va en *business* porque compró el billete en el último momento y no quedaba otra cosa. Se frota unos ojos enrojecidos por la falta de sueño y las lágrimas de un hombre que nunca llora. Con la espalda encorvada, encamina sus derrotados pasos hacia el punto de información turística de Santa Justa para preguntar cómo llegar a su destino: el tanatorio de San Jerónimo, donde su hija está a punto de ser abierta en canal.

(Progenie, 2020)

IX

Las tres sombras apenas se distinguen en la noche. Pero si uno se fija, podrá advertir las diferencias. Mientras que la mayor ronda los dos metros y es grande y corpulenta, la más pequeña no excede en mucho el metro y medio de altura. Las tres, sin embargo, se mueven con agilidad entre la arboleda. Orillan un cobertizo descuajeringado y continúan hasta llegar a la altura de la valla. La bordean y localizan el lugar en el que alguien ha abierto con unas tenazas un agujero a ras de suelo de unos cuarenta centímetros, suficiente para pasar reptando a través de él.

Una vez dentro del recinto, continúan en fila india hasta el edificio señalado. La sombra más pequeña saca de su mochila una ganzúa y una llave de tensión. Manipula con pericia la cerradura hasta forzarla. Al abrir la puerta, la claridad blanca que emana del interior les ciega por un instante. Se separan unos metros hasta permitir que sus pupilas se autorregulen. Cada paso, cada gesto parece estudiado y planificado a la perfección. Se introducen en la nave en la que focos de gran potencia les trasladan a una realidad diferente, donde es pleno día. Donde la noche de la que provienen ni siquiera existe.

Es un lugar de todo punto artificial. La temperatura y la luz se ajustan de forma automática, así como la humedad y la ventilación. No tiene nada que ver con lo que hay de puertas para afuera. Tecnología punta en mitad de la nada. Todo está sistematizado, mecanizado. Todo menos la mierda. Porque a esas alturas, los tres llevan el calzado hasta arriba de mierda.

—¡Aquí! ¡Rápido, vamos!

Abren las compuertas y decenas de gallinas salen en estampida. Es como si hubieran destapado un grifo a presión. Hay cinco pisos de jaulas en batería, unas encima de las otras. En cada jaula hay en torno a quince gallinas confinadas, en un espacio tan reducido que no pueden ni tan siquiera extender las alas. Tienen los picos mutilados y las patas heridas por las bases de alambre que las separan del piso inferior. En

una sincronización perfecta, las sombras van abriendo compuerta tras compuerta. El ruido ahora es ensordecedor. Las aves corren con todas sus fuerzas, aleteando y cacareando. Traspasan la puerta de entrada y salen, por primera vez en su vida, al campo abierto.

Las tres sombras las siguen. Saben que ellas también tienen que huir como las gallinas, pero, por unos segundos, se permiten observarlas. Observar a esos seres escapar de la esclavitud, del hacinamiento, de una vida miserable que no es ni siquiera vida, porque hasta entonces han sido tratadas como mercancía que explotar produciendo un huevo tras otro. Ahora, por fin, son libres. Y presenciar ese trance les parece de una belleza sin igual. De una satisfacción interior que pocas cosas más les depararán en sus anodinas existencias. Pero se acabó. El tiempo apremia. A un nuevo gesto, los tres corren, sumándose a la fuga para desandar el trayecto. En el mundo quedan muchos más animales que liberar.

(Especie, 2021)



BIOGRAFÍA

Susana Martín Gijón es autora de las novelas *Progenie* (2020) y *Especie* (2021), ambas publicadas por la colección Negra Alfaguara y protagonizadas por la inspectora de policía Camino Vargas y su Grupo de Homicidios radicado en Sevilla.

Progenie ha vendido más de treinta mil ejemplares y va por su sexta edición, habiendo sido nominada a premios como el Novelpol, el Valencia Negra o el Paco Camarasa. *Especie* se ha colocado desde la primera semana entre los más vendidos y va ya por su segunda edición. En enero de 2022 se publicará la tercera entrega de la inspectora Camino Vargas, *Planeta*.

Martín Gijón es también autora de la saga del trébol, ambientada en Extremadura y protagonizada por la policía Annika Kaunda.

Está compuesta por las novelas *Más que cuerpos* (2013), *Desde la eternidad* (2014) y *Vino y pólvora* (2016). Forman también parte de su catálogo *Pensión Salamanca* (2016), *Destino Gijón* (2016) y *Expediente Medellín* (2017), ganadora del Premio Cubelles Noir; así como el thriller psicológico *Náufragos* (2015), finalista de varios premios.

Licenciada en Derecho, ha sido Directora del Instituto de la Juventud de Extremadura, Presidenta del Comité contra el Racismo, la Xenofobia y la Intolerancia y ha presidido la Asociación de Escritores Extremeños.

Como guionista, ha participado en la serie *La novia gitana*, que se estrenará en 2022 en ATRESPlayer, y ha coescrito los seis guiones de la serie de cortometrajes *No sin mi perro*, cuya producción está prevista para 2022. Actualmente se encuentra trabajando en la adaptación audiovisual de su novela *Progenie*.

1. Francisco Brines 2. Jorge Márquez / Miguel Murillo 3. Bernardo Atxaga
4. Ada Salas / María José Flores 5. Luis Landero 6. José Agustín Goytisolo
7. José Hierro 8. Juan José Millás 9. Justo Vila / Fco. José Vaz 10. Clara
Janés 11. Antonio Gamoneda 12. Félix Grande 13. Ana Rossetti 14. Luis
Mateo Díez 15. Dulce Chacón 16. Luis Antonio de Villena 17. Luis García
Montero 18. José Viñals 19. Manuel Martínez Mediero 20. Antonio Mar-
tínez Sarrión 21. Gustavo Martín Garzo 22. Jorge Riechmann 23. Juan
Carlos Mestre 24. Olvido García Valdés 25. Javier Tomeo 26. José Ma-
ría Merino 27. Irene Sánchez Carrón 28. Espido Freire 29. Rosa Regás
30. Felipe Benítez Reyes 31. Víctor M. Díez 32. Rufino Félix Morillón 33. Ana
María Matute 34. José Manuel Caballero Bonald 35. Ignacio Martínez
de Pisón 36. José Antonio Ramírez Lozano 37. Unai Elorriaga 38. Rafael
Chirbes 39. Carlos Marzal 40. Luis Alberto de Cuenca 41. Jesús Sánchez
Adalid 42. Juan Bonilla 43. Carmen Alborch 44. Agustín García Calvo
45. Almudena Grandes 46. Inês Pedrosa 47. Isaac Rosa 48. Fernando Bel-
trán 49. Ángel Campos Pámpano 50. Belén Gopegui 51. Benjamín Prado
52. Luisa Castro 53. Antonio Soler 54. Antonio Pereira 55. Basilio Sánchez
56. Ricardo Menéndez Salmón 57. José Luis Peixoto 58. Raúl Guerra Ga-
rrido 59. Santiago Castelo 60. Luis Eduardo Aute 61. Gonçalo M. Tavares
62. Eugenio Fuentes 63. Marina Mayoral 64. Suso de Toro 65. Cristina
Grande 66. Luis Felipe Comendador 67. valter hugo mæe 68. Jordi
Doce 69. Antonio Gómez 70. Déborah Vukusic 71. Joan Margarit i Con-
sarnau 72. Fernando Sanmartín 73. Andrés Neuman 74. Eladio Orta
75. Francisco Javier Irazoki 76. Ángel Petisme 77. Diego Doncel 78. Dante
Medina 79. José María Cumbreño 80. Pablo Guerrero 81. Enrique Falcón
82. Ferran Fernández 83. Daniel Casado 84. Irene Gruss 85. Luis Chaves
86. Uberto Stabile 87. Antonio Rigo 88. Nurit Kasztelan 89. David Pielfort
90. Ana Pérez Cañamares 91. Pilar Galán 92. Gsús Bonilla 93. Juan
Manuel Barrado 94. David Eloy Rodríguez 95. Eduardo Moga 96. Esteve
Soler 97. David Trashumante 98. David Castillo 99. Paco Gómez Nadal
100. Javier Lostalé 101. Ámbar Past 102. Itziar Pascual 103. Javier Pérez
Walias 104. Alicia Es. Martínez Juan 105. Gema Estudillo Herrera 106.
Tirso Priscuel Vallecillos 107. Raúl Cortés 108. Antonio Ramírez Almanza
109. Manuel Cañada 110. Montserrat Villar González 111. Susana Mar-
tín Gijón.

111

Asociación
de Escritores Extremeños